



La Novela de Alfonso Echeverría

Por HÉCTOR FUENZALIDA

Aun cuando el lector, el más desprejuiciado de todos, el más allígero de ánimo, quiera entrar a fondo en estas páginas, siempre le asaltarán dificultades. Porque es este un libro que no tiene otra pretensión, ni mayor ni menor, que la de crear un mundo, pese a que las pasiones dentro de él conjugadas son tan viejas, tan de nuestro medio como la vida del hombre desde que existe sobre esta tierra.

El mundo creado por Echeverría, nace de sucesos y conflictos basados en una poesía y lenguaje de idioma propio, en que se entrelazan elementos latinos, dispares, todo lo cual obliga a aguzar el oído, la pupila y a agujar el entendimiento a cada instante. Con tal lenguaje y tal estilo, a salvo entre poesía, realidad y narración, entre lo natural y lo impoderable creado por imágenes de brillo cegador y desoriente con frases excesivamente desnudas o adornadas en giros nacidos de otras lenguas como virus de un contagio poliglot. se va componiendo esta aventura, milagro de equilibrio y derribamiento, de vidas sabidurias e intuiciones libremente incorporeadas.

“Es lo “maravilloso”, según la definición de André Breton.

Y casi tenemos que renunciar a seguir adentrarnos, hasta bajar de nuevo el pie en tierra. Recuperando fuerzas en la pausa, reparando entornos en inadvertencias que iluyen en la relectura de los escritos... Una es de la madre, María Flora Yáñez, escritora ya fogueada y ahora entusiasta editora de la perdida obra del hijo perdido... Su confesión de ordenar y publicar lo que quedó vaciado en una informe-masa de originales más estremeces. Son miles y miles de cuartillas escritas por Alfonso en plena primavera de sus treinta únicos años.

Y así se han rendido “Nausicaa”, la novela laureada en 1960 con el Premio Liceo, en una competencia continental; luego “Vecindad de Fantasma”, “Distrío” (o “Cuadernos de Infancia”) y “Tragedia del

color”. La que ahora comentamos tiene un título que algunos podrán juzgar más aplicable a una colección de historietas ilustradas que a una novela, cuyo desarrollo, estilo, poesía y fantasía, va cogiendo al lector en una corriente de denso interés y encantamiento.

El “preludio” del autor aclara algo más. Porque en esta historia, no hay una estricta sucesión narrativa. Sólo hogares. El autor confiesa que mientras la escribía le asaltaban sensaciones de carencia, de orfandad, de soledad que se traducían en su realización. Así lo confiesa en el prólogo y lo reitera en el texto:

Echeverría no quiere limitarse en esta novela a la definición de un país. Más bien quiere, dentro de su dimensión y la de sus personajes, buscar una relación continental en su lucha entablada entre el sociólogo y el novelista que residen dentro de él. Esta vez el escenario es Sudamérica siguiendo una intención semejante a la de “Tragedia del Color”, con su terrible problema racial. Allá negros y afrikas y los conflictos del apartheid. Aquí América del Sur, simbolizada en Chile, en la remota época de las costumbres y la fuerza de las tradiciones que todo lo detienen negándose a la vida, a lo real, que irremediablemente camina en ella. Hacer blando el regazo sobre el que ella transcurre sin advertir los desenlaces tormentosos que pueden sobrevenir, nacidos de ese miedo de vivir. Y describir bajo estos signos de la herencia hispano-colonial, los vínculos secretos de la latitudinal, los absurdos de una lucha entre los que suben y los que descienden al paso de los años, las ideas y las generaciones.

Pero Echeverría con sumo buen gusto no quiere desviarse, y rechaza la calidez en el torrente dialéctico de un problema social para sociólogos; prefiere dejar libres sus manos para comprender su novela en la simple observación de la vida.

En este libro lo que más vale es, por eso, la experiencia personal, la intimidad de las confesiones, el rasgo de la paricia, la fisonomía del hogar, el enfate y desenlace de las individualidades. Y si aparece una generalización lucubrada por el sociólogo, es sólo de pase y en vuelo muy alto. Obra original de análisis y de crítica, sin duda, pero libro, específicamente chileno,

Echeverría la autodefine como una “novela de espaldas”, sin trayecto, a la cual no se le cuentan cuadras aun cuando observamos que no encaja sus límites en dimensión editorial breve para hacer libro barato y olvidadizo (son cerca de 300 páginas)... Es una novela hecha de entrecortes, confiesa, “de aquello que falta cuando el día sobra”. Quiere mostrar otra isla del trayecto de su joven vida: el andar a tientas durante largos dos años de su mejor juventud sin poner fin ni nombre a su desambular. “Tocadas de tiempo que dejan el aire libre”.

La clave de estas enigmáticas palabras refleja el intento de repasar experiencias, lecciones de esa etapa neptuniana, de estar tan pronto en los Estados Unidos, en Europa, en Sudáfrica, como burócrata, y como observador de una gran organización internacional, las Naciones Unidas. Los problemas de su rebeldía frente a males tan grandes como los abismos que recorre, el largo caos en la fe de su mejor destino de las cosas y los hombres; esa sensación de carencia, de orfandad que ya se ha anotado.

Pero ahora estamos en Chile, en una vuelta a la tierra tan querida, “tan única, cariosa, tan lenta y triste”. Aquí está pura y virginal la materia que ha rodeado su infancia, semejante a esa vida “ordenada” que también forma a sus personajes, esa que parece terminar con toda aspiración a un destino transitorio, superior, para ser

solamente un ciudadano anecdótico, ignorante de lo verdaderamente real. Los padres crearon ese temor en los hijos. Se deseó para ellos una realidad intensiva, desarmable como un juguete y bien guardada cuando el niño duerme. Es el mundo del orden sin amor, sin muerte, sin Dios, sin demonio.

Así es como nace, vive y pena esa creatura de su ficción, Judith, una hija rebeldía del medio, sometida a todas las cruelezas de una vida verdadera y dramática.

A pesar de sus deseos de lograr esa “novela de espaldas”, el ensamblaje con que Echeverría une lo imponentable a los sucesos ordinarios del simple novelar, denuncia en todos sus grados la miseria de un gran narrador. La descripción de la atmósfera familiar en una hacienda chilena ante el abandono de la tierra. La relación incongruente de padres e hijos, de generación y generación, de hermanos y amantes; las leyendas que trae a la realidad como ese monstruo fantasmal que le ruge en el desierto, tal una divinidad vigilante y milenaria, logra la composición de una obra casi única en su género dentro del país, uniendo realidad y verosimilitud a lo libremente creada, fantasmagórico y fabuloso.

Quando el tránsito de las vidas que van desapareciendo por la fuerza del destino, cuando se ven caer las grandes casas por una invasión de ratas y vampiros y las grandes familias van perdiendo las venas de sus hijos, ahogados en la quietura y los escondrijos; cuando, en fin, cerramos el libro ante la última catástrofe, esto queda la sensación de que lo creado de este mundo no puede ser obra sino de un verdadero talento de poeta y narrador. De un novelista de la mejor ley. Y nos invade el asombro de que todo esto fue obra de un niño, un niño que creció madurándola, junto a su vida, sus juegos y sus sueños. Y que a los treinta años tuvo una cita inexplicable con la muerte.

La novela de Alfonso Echeverría [artículo] Héctor Fuenzalida.

Libros y documentos

AUTORÍA

Fuenzalida Villegas, Héctor, 1903-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La novela de Alfonso Echeverría [artículo] Héctor Fuenzalida.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)